

LA GRATITUD, CAPILLA ABIERTA

Flores amarillas, azules, mirasoles, cuatro muros, una cruz invisible, la imaginamos en el medio, ocupando todo el espacio vacío.

Una cruz que aparece en el medio de cuatro muros, cuatro muros que se elevan al cielo, como suplicando.

Los muros suplicantes piden que la cruz aparezca y de pronto si uno se concentra lo suficiente, los mirasoles, las flores amarillas, las flores azules desaparecen y la cruz toma todo el espacio.

La gratitud aparece con la cruz, te exige arrodillarte y como los muros, miras al cielo y des las gracias, porque este recorrido comienza con la gratitud.

La manda, tu dolor, aparecen con la cruz, porque a partir de su aparición la promesa del sufrimiento toma tu cuerpo y como si fueras los cuatro muros sientes el sol y miras hacia el cielo para ofrecer tu pena.

Esa cruz, esa gratitud y tu manda solo aparecen cuando te concentras lo suficiente, porque esos cuatro muros son una representación, un recordatorio, pero no son la verdadera cruz, la verdadera gratitud es la manda de los peregrinos que pasan a su lado.

Esos cuatro muros son como un espejismo, o mejor aún, como un espejo opaco que intenta reflejar algo que no puede ver bien, y por eso esa cruz solo aparece si nos concentramos y le exigimos a nuestra cabeza que haga que las flores desaparezcan, que la gratitud tome nuestros cuerpos y nos haga mirar al sol como lo hacen esos muros, espejismos, espejos opacos.

¿Cuándo la arquitectura se convierte en un espejismo? ¿cuándo las y los arquitectos construyen sus obras con espejos opacos que reflejan mal la realidad? ¿cuando el vacío es sólo vacío? ¿cuando el vacío es cruz, es manda, es gratitud? ¿puede el vacío de la arquitectura volverse espacio para agradecer?

Esta cruz es un vacío, estas flores son sus únicas habitantes, esta manda no la cumplirá nadie mas que los cuatro muros que fueron condenados a ser espejo opaco, espejismo.

SANTUARIO DE LA ESTANZUELA

Bajar, adentrarse, permanecer enterrado.

Volver a la superficie, correr y saltar con la mirada.

Ver el horizonte.

Caminar en línea recta, avanzar, dar pequeños pasos sobre las piedras, luego tomar una de ellas, comenzar a hacer un pequeño montículo a unos cuantos metros del monumento, una pequeña pila de rocas como una torre, una torre en la que depositamos nuestra memoria, roca a roca, paso a paso, caminando en línea recta, de un lado a otro, de la vida, a la muerte, del monumento al memorial.

En algunos puntos del santuario se pueden encontrar hormigueros llenos de vida, y se puede ver a las pequeñas hormigas desintegrando las rocas para hacer una arena fina, una torre a su escala. En distintos puntos también se pueden encontrar pilas de piedras coronadas por cruces con el nombre de las y los peregrinos que no pudieron regresar a este santuario, pero que viven en la memoria de quienes movieron esas piedras y que por lo tanto les hacen vivir en la memoria depositada en esos montículos.

Que las grandes arquitecturas sean desintegradas por las hormigas y por la memoria, que otros miradores y montículos, otras torres y pilas sean construidos con los trozos de los grandes monumentos.

Y que desde esos montículos y torres, que desde esos santuarios y miradores se pueda mirar la inmensidad, que las memorias desintegran los monumentos y a sus horizontes y se conviertan en montículos para avizorar el vacío.

MIRADOR DEL CERRO DEL OBISPO

Un pedazo de cielo recortado de la inmensidad.

Una aparición en medio del bosque.

Un hueso inmenso de color gris enterrado en lo mas alto del cerro.

Una cruz de luz que baja y se deposita en tus ojos.

El hueso, y el pedazo de cielo, me devuelven la mirada y me preguntan qué hago aquí. Presiento que al mirarnos descubrimos algo, y de pronto en medio de la inmensidad, el cielo, el hueso y yo nos sentimos como un fragmento.

Ser la parte que desea ser el todo, ser una columna de hormigón que a lo lejos es como un hueso enorme, ser un hueso clavado en la tierra, un hueso que atraviesa el cielo y que desea fundirse en el cielo y en la tierra, y ser la conexión entre el cielo y la tierra y ver a través del interior del hueso el suelo craquelado del bosque y el cielo de azul profundo, ser ese fragmento de cielo que se convierte en luz, una luz que desea llenar tu mirada, ser la parte que desea ser el todo.

Yo me siento extraño en medio del bosque, como si ese hueso, ese cielo y yo no perteneciéramos a estelugar.

Ser fragmento, ser una parte, un punto, un hito, eso es lo que presentimos al vernos.

¿por qué ese pedazo de cielo, ese hueso ese fragmento, por qué esos fragmentos específicamente?

¿por qué ese pequeño fragmento, ese pedazo de cielo, ese espacio en el cerro, ese hueso gigante, son

tan inquietantes?

¿por qué esa luz, ese aire, ese azul me parecen estar vivos?

¿por qué el cielo se convierte en cruz?

¿por qué la torre de hormigón se convierte en hueso?

¿por qué esa parte transfigura el paisaje para hacer aparecer de nuevo una cruz, un hueso, un dios?

La transubstanciación de la virgen de talpa sucedió cuando la figura dejó de ser de pasta de caña de maíz y se convirtió en madera de cedro.

La parte por el todo, del maíz al cedro, del concreto al hueso, del cielo a la cruz.

¿Cuándo y por qué la arquitectura realiza la transubstanciación de los fragmentos de la realidad?

ERMITA MESA COLORADA

Dos paredes que fueron rojas, pero que ahora son grises porque alguien olvidó su color original. Una ermita que fue para orar, pero que ahora nadie visita, porque nadie recordó su sentido original.

Muros que abren la vista hacia el cielo, aunque desde siempre el cielo se mueve sin reparar en la ermita, y porque para el cielo esos muros rojos ahora pintados de gris son indiferentes, porque el cielo es como los peregrinos, nunca es el mismo cielo, y se mueve y siempre cambia de lugar.

MIRADOR DEL ESPINAZO DEL DIABLO

Girar, recorrer, un trayecto hacia arriba, para mirar desde lo alto.

Desde donde todo se ve, se aclara la mirada y los ojos lloran, las lágrimas son como el telón que abre los ojos y te permite mirar hacia el infinito, y entonces el valle aparece, claro y tampejado, y es un lugar abierpo pero recogido, como abrazado por las montañas, y tú también te sientes abrazado por las montañas, abrazado por la inmensidad.

Girar, recorrer, otro trayecto hacia dentro, para mirar desde las entrañas.

Desde donde todo es oscuridad, y ahora la cruz aparece, y oculta un recobeco húmedo y lleno de suciedad, como un portal al inframundo, y ya no hay lágrimas, el polvo y la oscuridad hacen aparecer el miedo, la mirada se nubla y la oscuridad te abraza y te hace temer.

MIRADOR DEL CERRO DE LAS CRUCES

Una línea trazada por un paseante en el medio de su recorrido.

Un horizonte artificial, enmarcado, bien delineado por la línea del paseante, como para no olvidar aquel paisaje.

Una vista que el paseante dejó aquí, como un regalo, una sorpresa, oculta entre un valle y un cerro, entre la inmensidad y la memoria de un puñado de cruces que tampoco quieren olvidar.

El paseante y las cruces buscan recordar esas vistas, la vista del paseante mira un valle, la vista de las cruces mira un recuerdo fijamente.

El paseante nunca podrá ver esos recuerdos, porque al pasar por aquí no le pregunto a las cruces por lo que veían.

Y las cruces, no ven la línea dibujada por ese desconocido, se pierden de la belleza de su paisaje enmarcado.

Ambas miras habitan el mismo lugar, aunque los paisajes que miran nunca serán los mismos.

VACÍO CIRCULAR

Vértigo, horizonte artificial. Línea que traza el límite entre la tierra y la nada. Un vacío que se habita y que se mete en el pecho y te habita. Vértigo, eco y horizonte interior, que se encarna y se hace real.